

Florence Delay, Christopher Morley y sus libros para entretener esperas

La literatura se vuelve amable

Narrativa/Ensayo

POR FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

■ Hay momentos para la literatura amable. Las pequeñas esperas de cada día, los tiempos muertos entre horas ocupadas, las colas o la demora ajena son terrenos espirituales propicios para sacar del bolsillo un libro de bolsillo (que quepa en él incluso acompañado del inevitable teléfono móvil) y leer un rato sin que la cabeza se quiebre demasiado. Unas páginas que se puedan interrumpir cuando nos llamen, cuando vuelva el quehacer, cuando llegue el turno, cuando acuda el visitante, sin que luego después, al retomarlas, nos cueste un mundo volver al hilo. Libros fáciles de transportar, fragmentarios y que nos dejen un breve reclamo interior para proseguirlos. Así, por ejemplo, el de la polifacética Florence Delay (1941), quien, a pesar de pertenecer a la prestigiosa Académie Française y de haber traducido al francés a José Bergamín o *La Celestina* quizá no cuente con el favor de muchos círculos españoles, debido a su conocida y denodada defensa del espectáculo de los toros (y que contará con el favor de muchos círculos españoles por lo contrario, claro). Inspirada por Margarita de Navarra (“Cuerpo de mujer, corazón de hombre y cabeza de ángel”) nos describe en 31 rápidas pinceladas las obras artísticas (y, a mi puntilloso juicio, tan redichas) del Palacio de Fontainebleau. Con ilustraciones, para que no nos perdamos. Del *Heptamerón* de la dama de Angulema extrae la fórmula que le sirve de título a este su libro de arte comentado: “Me parece, señoras mías”. Poemas, mucho tino, prosa fina, entregadas proclamas feministas, mucha erudición... quizá su lectura me haya servido para ver menos empalagoso ese manierismo del palacio real en torno a la figura de la mujer. Y para arrancarme más de una



Imagen de ‘El Heptamerón’, adaptación cinematográfica de 1973. PIERSON/CINÉPIX/CITEL

sonrisa: es un libro tan francés, tan de “esprit” francés, que parece un libro que imitase a los libros del agobiante “esprit” francés. Bien está.

Del querido señor Christopher Morley (nacido a media hora de Filadelfia, en 1890), columnista, sabio de todo un poco, autor de *La biblioteca ambulante* que tanto nos hizo disfrutar, se reedita ahora esta pieza, *Kathleen*, para gozada de nuevos lectores. Todo está en su sitio: un grupo de ocho estudiantes de Oxford, verdadera noble por todas partes, oportuno en generosas dosis, ociosos, clasistas, vagos, ingeniosos que se mueren por una frases, césped: para que seguir. Forman un grupo, “Los Escorpiones”, que deciden montar lo que ellos mismos llaman un

“kriegspiel” (un juego de guerra) a partir de una carta encontrada y hurtada en una librería por el más avisado de esos muchachos. Los nombres propios que en la misiva aparecen les van a servir para escribir una novela a dieciséis manos que ofrecerán como regalo a la protagonista, Kathleen. Pero su juego consiste en viajar al (aldeano, en el mal sentido, en cuanto objeto de burla) Wolverhampton para conocer a las y los protagonistas reales de la susodicha carta. A partir de ahí, enredo, disfraces, risas, argucias, diversión. Y buena prosa, con gracia: “Teniendo todas las vacaciones para trabajar en el capítulo, naturalmente no hice nada hasta esta tarde a la hora del té”, dice uno de ellos. Y más adelante: “¡Cómo puede un pronom-



CHRISTOPHER MORLEY
Kathleen

► Traducción de Ángeles de los Santos
PERIFÉRICA, 118 PÁGINAS, 16 €



FLORENCE DELAY

A mí, señoras mías, me parece

► Traducción de Caridad Martínez
ACANTILADO, 93 PÁGINAS, 12 €

bre destruir a un hombre!”. Y después: “Antes de servir el té de las cinco y las tostadas, la cocinera y la doncella disfrutaban de un pequeño periodo de contemplación filosófica o siesta”. Todo muy “old fashion” (casi Oscar Wilde), donde no faltan alusiones a esos “tobillos de ensueño” que dieron al traste con tantas cabezas de señoritos oxonienses. Mundos perfectos (Fontainebleau u Oxford) para quien los disfrutó o para quienes, vicarios, los seguimos a través de la literatura amable. Entre una espera y la siguiente.

El relato aliadófilo

‘Cuentos de la Gran Guerra’, rareza de Matilde Ras a cargo de María Jesús Fraga

Narrativa

POR ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

■ Durante los años en torno a la I Guerra Mundial hubo en España un grupo de jóvenes escritoras que eran modernas, aspiraban a la independencia, viajaban y tenían conocimientos de lenguas extranjeras. A esa generación especialmente truncada por la guerra civil perteneció Matilde Ras (1881-1969), hija de la librepensadora, traductora y escritora Matilde Fernández, quien la educó sin un sólido soporte económico, pero dedicando especial atención a su cultura. Matilde Ras se inició pronto en la novela, la literatura infantil, el ensayo y el artículo de opinión para publicaciones como la revista *Estudio*, el *Heraldo de Madrid* o *Estampa*, sin conseguir nunca el éxito deseado, lo que la llevó a dedicarse con empeño a la grafología. Fue pionera en los estudios que deducían el perfil psicológico de las personas a partir de su caligrafía, de modo que sus consultorios sobre la materia ocuparon páginas en *Por esos mundos* y, sobre todo, se hicieron famosas a partir de 1922 en el periódico *ABC*.

En los últimos años la figura de esta au-



MATILDE RAS
Cuentos de la Gran Guerra

► Edición de María Jesús Fraga
Prólogo de Ángel Viñas
ESPUELA DE PLATA, 238 PÁGINAS, 18 €

tora se está recuperando: en 2007 se publicó su correspondencia con la escritora noucentista Víctor Català (seudónimo de Caterina Albert) y en 2015 parte de la obra de Matilde Ras se reunió junto a la de Elena Fortún en el volumen *El camino es nuestro*, editado por la Fundación Santander. Ahora, con el buen hacer que la caracteriza, la investigadora María Jesús Fraga se encarga de reeditar *Cuentos de la guerra* –que titula *Cuentos de la Gran Guerra* para aclarar la contienda que los inspiró–, una rareza editada originalmente en Barcelona en fecha tan temprana como 1915. El debate que produjo la contienda entre la intelectualidad española la partió en dos, como tantas



Matilde Ras, a la izquierda, con la también escritora Elena Fortún. FARO DE VIGO

otras veces a lo largo y ancho de nuestra historia. Fue un debate en el que el pensamiento conservador solía caer del lado germanófilo y el progresista del aliadófilo –con algunos esguinces, como Pío Baroja, que demostrando ir a su aire se declaró partidario de Alemania.

El posicionamiento de Matilde Ras, ya desde la dedicataria, es aliadófilo, pues nos dice que son “cuentos inspirados en la desgracia y en el heroísmo de Francia”. Además, la colección de la casa editorial Estudio en que apareció el libro –donde también salieron *Diario de un estudiante en París* y *De París a Monastir*, de Gaziell–, hace pensar que probablemente estos cuentos fueran un encargo de cara a enaltecer el papel de Francia en la contienda.

Los personajes principales son diversos y van desde el niño malcriado de “Avatar”, que solamente en las trincheras se convertirá en un hombre –el conocimiento que Matilde Ras tenía de la contienda era a través de la prensa, de ahí cierta idealización– hasta la desgraciada historia de amor de “I promessi sposi”, pasando por las descripciones líricas de “La tumba solitaria” o los diálogos entre personajes relevantes de la mitología y la historia –Aquiles y Patrolo; Goya y Watteau– invitados a opinar sobre la guerra.

Matilde Ras, como otras escritoras de su tiempo, es una autora con mucha obra todavía por redescubrir, pero gracias al trabajo de investigadoras como María Jesús Fraga, ese camino se conoce un poco mejor cada día.